

Una personalidad hiperestésica, recóndita y perspicaz,
que en los claustros de la Escuela de Medicina sembró
entre sus discípulos la inquietud revolucionaria.

psico-silueta: GABRIEL TURBAY

Por EDMUNDO RICO

Con Gabriel Turbay fuimos condiscípulos en medicina. Cuando viajé a Francia, una segunda vez, él me reemplazó en mi consultorio ubicado, por entonces, en la carrera 9ª entre calles 16 y 17.

Desde las arquerías engabelgadas de la conventual Santa Inés, trabajamos una amistad que nunca tuvo eclipses ni tampoco logró mellarse tras momentáneas discrepancias habidas en nuestra misma filiación política.

Este compañerismo, que es a modo de pátina apacible del regazo universitario, y que no sólo iba trenzado en

Lo veo, allí, con su peculiar y constante sonrisa, con sus abruptas orejas, con sus inseparables espejuelos sobre el dorso de la nariz aguileña sembrando, entre sus discípulos, el fervor ideológico, la inquietud revolucionaria, el enaltecimiento progresivo de su compleja, hiperestésica, recóndita y perspicaz personalidad.

Por aquella época ya transpiraban en él, las dotes del orador dialéctico aunque algo esmaltadas por juveniles impulsos demagógicos. Recuerdo que su voz cortante y metálica, un tanto nasal, revestía sensacionales matices a medida que se empinaba su talla diminuta y, al propio tiempo que, lentamente los brazos ascendían hasta quedar ambas manos como almenas guerreras montando paralela guardia sobre la erguida y desafiante cabeza.

Esta actitud oratoria, tan personalmente suya, siempre la conservó y perfeccionó Turbay: la pausada erección de sus brazos al compás de la palabra, semejaba el marcial aleteo del aguilucho en incontenible apostura de vuelo. Porque la idea fija, porque la obsesión de Turbay fue la de ascender, la de planear —que no musculosa pero sí intelectualmente— sobre el impávido común rasero. Y, a fe que lo consiguió!

* *

Seducíame, particularmente, en Gabriel Turbay, la raigambre de su complejidad universitaria. Y, aunque apenas ejerció, de modo esporádico, la medicina, o en apariencia viviera desligado de ella, fue lo cierto que nunca —ni siquiera en sus más huracanados episodios de estrategia política— abdicó de nutrir sus blasones mentales con el oreado cordial que, a manera de violín de Ingres, significaban para él los palpitanes y periódicamente removidos hontanares biológicos.

A lo largo y ancho de su procelosa, de su señera existencia (porque aturbonada y solitaria era su vida) dábale a la búsqueda de discípulos predilectos, más que para añorar tiempos hospitalarios, para inquirir o dialogar con ellos, ora, sobre teorías novedosas, ya a caza de hipótesis controvertidas que, simultáneamente, cobran relieve o se diluyen en los claros-

culos de la investigación cuando no es que pugnan por adquirir nuevas perspectivas en el inmenso y veleidoso horizonte científico.

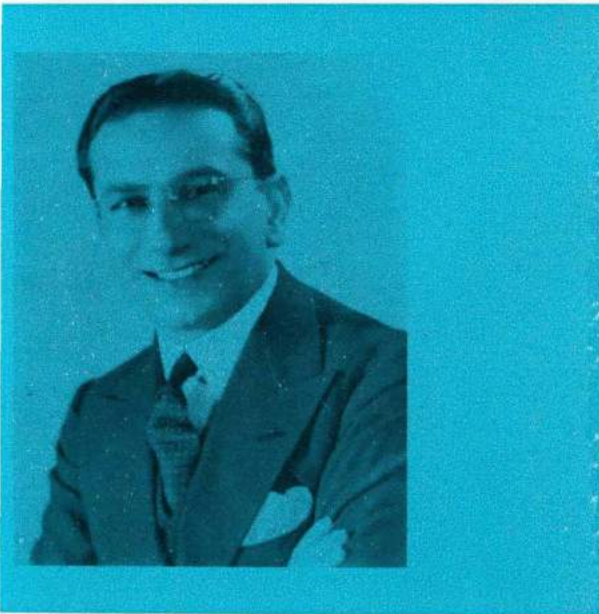
La prueba perentoria de que Gabriel Turbay cultivó fiel, tenazmente la noble, la linajuda esencia del espíritu universitario —pésele a sus aristas ingénitas de estadista y conductor temible y temido de multitudes— la hallamos, sobradamente, así en sus gestas parlamentarias como en su movida oratoria: casi no hay discurso, ni escrito ni declaración suyos en los que las imágenes o comparaciones científicas, en los que ciertos símiles clínico-quirúrgicos y, en una palabra, en donde la terminología, en donde el léxico médico, a fuer de ser como el mordiente conceptual del pensamiento, rehuya posarse o esquive salpicar, eruditamente, la mejeza dialéctica de las cláusulas.

Sería erróneo suponer que esta saturación, que ésta especie de anafilaxia subconsciente por el lenguaje profesional es característica del médico. No tal! El gran Clemenceau —político de nacimiento y médico por casualidad— jamás quiso ni pudo estructurar su arrolladora elocuencia (especie de bomba atómica psíquica) bajo los frisos del templo Hipocrático.

Y sin avizorar tan alto, o mejor, descendiendo hasta nuestras palestras tropicales, acaso, ¿no es de notoriedad pública que en los parlamentos, no escasos galenos carentes del sello universitario, enhebran sus exposiciones fonéticas en todo género de sandeces, menos en el diploma que en hora mala acreditará su falsa idoneidad?

Para mí tengo que Turbay halló en la Universidad los mejores puntales disciplinarios para engrandecer, aún más, su idiosincrasia polifacética de Hombre de Estado: en las aulas de Santa Inés, topó con los caldos de cultivo del dolor humano que, luégo orientarían su inteligencia por senderos concretos de realismo integral.

Merced a la admiración —franca, oculta o disimulada— que en la Facultad Médica le profesaran tiros y troyanos, a la par que ceñía las presillas del conductor, afianzaba la in-



comunes aficiones por la clínica, sino también por la literatura y el arte, cobraba mayor solaz en la compañía del dolorido pergueño de Ricardo Rendón, algunas de cuyas punzantes caricaturas eran sugeridas, picarescamente, por Turbay.

A través de las lentes del pasado, mis retinas perciben la enjuta, la enfermiza, la buída figura de Gabriel Turbay deambulando, talentosamente, así por los claustros de la Escuela de Medicina como por la carcomida vetustez del antiguo Hospital de San Juan de Dios.

psico-silueta: **GABRIEL TURBAY**



dómita antena de su orgullo nietzscheano mientras que su feraz control volitivo, tendía las insaciables retinas de la esperanza hacia la revalidación futura de su personalidad.

En fin, bajo el estudio de las leyes biológicas aprendió a ser más humanamente amable con la vida; comprendió la torpeza que para el médico encarna tornarse unilateral dentro de su profesión, y de aquí, que alternara los problemas de las patologías con el frescor de la literatura, con el visionario tinglado de la Historia, amén del ir y del venir en torno de lo emocional, de todo lo refinado y bello que había en su sangre árabe, incluso el de velar sus dagas intelectuales frente a los altares de Nuestra Señora la Ironía, que, —como alguno afirmara— es la que nos salva del olvido.

* *

Aquel viejo Maestro, ese insustituible clínico —irrigado por linfas de filósofo positivista— que fue el profesor Lombana Barreneche, solía repetir a quienes éramos sus discípulos que, "Turbay estaba predestinado, no para la medicina sino para la política".

Esta profecía del príncipe de la clínica colombiana se cumplió. Pero en apariencia. Pues por poco que se enfrasque la idea entre los vericuetos de la lógica, sí es verdad que en la superficie, ambas son antagónicas, no por ello es menos cierto que en el hondón del raciocinio, medicina y política guardan estrechas y, hasta sutiles conexiones con el derrotero que las dos persiguen: el estudio de dos enfermedades. Porque la política con ser, apenas, capítulo de la sociología, es, empero, una grave e incurable enfermedad pasional.

Esta brida de unión, esta interdependencia entre medicina y política, esta paridad entre sus triunfos efímeros y derrotas permanentes se asimilan, se funden en matizada simbiosis. De ahí, que Turbay optara por ejercer su profesión, no a la cabecera ingloriosa del paciente sino al borde de aquellos hechos donde yace y se retuerce jadeante el ágora multitudinaria, o al pie de los hemiciclos aledados, rendidos por el escalpelo de una elocuencia tan destructiva como constructora.

Turbay era consumado clínico de la democracia. Y, en calidad de tal, palpó en ella, sin temblarle la mano, aquellas pulsaciones cambiantes y sinuosas de ofidio; percutió y auscultó así virtudes como defectos dentro del organismo popular; supo de calofríos y fiebres colectivos que, en veces, auguran defensa y hasta curación, e inyectó, en tiempo oportuno, sobre el flanco democrático, los hormones glandularmente másculos de la victoria.

Enfrentado en su carácter de médico sociólogo con esa cofradía infinita de langostas del presupuesto que son los políticos segundones —urbanos y rurales— y que, a falta de talento suplen su mediocridad mental con la fuerza colectiva del número, Gabriel Turbay supo arredrarlos, e inclusive domesticarlos, no propiamente extirpándoles las envolturas gástricas (porque ello es imposible) sino aplicando, sobre esas ávidas lacras digestivas, el termocauterio de su probidad.

El brioso diplomático o el ministro que tan obligantes servicios le presta a la república; este tribuno que en su mocedad fue iconoclasta, intentan-

do, a la sazón, cambiar el panorama imperante; el estadista que luego, en su edad adulta, concilió, armoniosamente, las tendencias de su carácter, desbrozándolo de subjetivismo como de lógica afectiva para así plasmarlo en razonamientos de fertilísima brega intelectual; este varón no le iba en zaga a los grandes capitanes de los dos partidos. Por último, este campeón de la voluntad realizadora que sabía, cómo los vencedores de hoy son los vencidos de mañana, y que ante la suerte adversa, los áulicos de ayer son quizás los únicos tráfugas instantáneos en la batalla campal, no logró, sin embargo, sustraerse, totalmente, al torcedor tremendo de la amargura.

No lo logró comoquiera que Turbay era sensible, demasiado sensible a esa flor exquisita —excepcional, exótica— que es la amistad entre los hombres. Nunca como entonces debió sentir en plena entraña, la agorera sentencia de Renán: "vivimos de una sombra, del perfume de un pomo vacío; tras de nosotros se vivirá de la sombra de una sombra".

* *

Más que otros mortales, no escasos médicos al igual que algunos grandes políticos fallecen, frecuentemente, por el cerebro o por el corazón: si por aquél, es la hemorragia ventricular fulminante; si por éste, son el infarto del miocardio cuando no la traicionera angina de pecho; la una como los otros, desencadenados por repetidos raptus emocionales en la tensión arterial.

Gabriel Turbay recuperose, algún tanto, de la decepción que a raíz del espectacular pugilato presidencial del 5 de mayo de 1946, le invadiera el ánimo fatigado. No obstante, las cicatrices de la ingratitud acudieron a reforzar los trastornos funcionales que antigua e inveterada dolencia alérgica —sobre cuyos mecanismos escribiera en 1924 su Tesis doctoral— habían calado en su revolucionario e insomne corazón. Las causas de su muerte, súbita y prematura, se perfilan o resuelven a la luz yerma de algún exacto pero doloroso postulado clínico: "el corazón físico está tapizado por un corazón moral".